

# CUADERNOS DE HISTORIA 24

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE MARZO 2005: 31-65



## ALIANZAS BÉLICAS Y DIVISIONES TERRITORIALES MAPUCHES ENTRE LOS SIGLOS XVI Y XVIII\*

*Oswaldo Silva Galdames\*\**  
Universidad de Chile

**RESUMEN:** Este artículo analiza los mecanismos empleados por los linajes mapuches para establecer alianzas a fin de resolver sus conflictos internos y enfrentar a los invasores hispanos. La fragilidad de dichas alianzas y su conformación territorial representadas por las ayllareguas y los butalmapus, con sus jerarquías de mando civil y militar constituyen los objetivos de la presente investigación.

**PALABRAS CLAVE:** Linajes mapuches. Caciques. Toquis. Ayllareguas. Butalmapus.

*ABSTRACT: This research analyzes the ways used by Mapuche lineages to establish alliances to resolve internal conflicts and to face the Spanish conquerors. The weakness of such alliances and its territorial*

\* Esta investigación es parte del proyecto FONDECYT N°1000206.

\*\* Profesor de Estado. Master of Arts. Ph.D.©. Profesor Titular. Universidad de Chile.  
Correo electrónico: osilva@uchile.cl

*conformation, represented by ayllareguas and butalmapus, with its civil and military hierarchical power are the main goals of this paper.*

**KEY WORDS:** *Mapuche lineages. Caciques. Toquis. Ayllareguas. Butalmapus.*

Recibido: septiembre 2004 Aceptado: noviembre 2004

## *Introducción*

**E**l padre capuchino Ernesto Wilhelm de Moesbach de la Misión de Puerto Domínguez (Budi) juzgó que

para ejercer el ministerio sacerdotal entre los araucanos era indispensable aprender la lengua mapuche... Pero la convicción de que un idioma tan extraño al sentir europeo como el de los indígenas chilenos, se puede aprender bien sólo por el trato oral constante, me indujo a llamar a la Misión de Budi al jefe de reducción Pascual Coña, un indígena legítimo de la antigua raza araucana, pero bastante instruido y dotado de una vida psíquica muy rica. Con él me dediqué, sobre todo durante los meses de invierno de los años de 1924 hasta 1927, al estudio de la lengua y trataba con él toda especie de asuntos, ocupaciones, costumbres y usanzas<sup>1</sup>.

Durante las largas conversaciones entre el misionero y su instructor de mapudungun, cuya azarosa vida le relatara desde la niñez hasta su fallecimiento y que constituye el hilo conductor de una biografía que proporciona valiosas informaciones acerca de las costumbres de sus antepasados, basadas en sus más tempranos recuerdos de la vida familiar y comunitaria, incluyendo el ingreso a la escuela que el padre Venancio mantenía en Puerto Saavedra, donde estudió las primeras letras (1862-66), y el posterior traslado al Colegio San Vicente de Paul de Santiago, en el cual, entre 1866 y 1871, aprendió el oficio de carpintero, para concluir con el regreso a su tierra natal, el viaje a

<sup>1</sup> Pascual Coña falleció pasados los ochenta años, el 28 de octubre de 1927, luego de haber dictado, en la mañana de aquel día, las últimas informaciones que serían arregladas por el padre Moesbach para componer su obra *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1930. ICIRA publicó la segunda edición facsimilar de ella, colocando como autor a Pascual Coña bajo el título de *Memorias de un cacique mapuche*, Santiago, 1973. Cita del "Prefacio", p. 8.

Buenos Aires (1882) tras la fracasada rebelión mapuche iniciada en Argentina en 1881, finalizando con su reintegro al seno familiar.

Pascual Coña era hijo de Tomás Coña, cuyo padre se llamaba Aillapán quien, a su vez, era hijo de Huechunpán. La genealogía, según se desprende de estos recuerdos, no abarcaba, como es característico en la mayoría de las sociedades tribales, más de cuatro generaciones. Había nacido en Rauquenhue<sup>2</sup>,

situada a orillas del Océano Pacífico. Al lado opuesto, al este, se halla un hualve cubierto de totora, el cual en ambos extremos comunica con el lago Budi. En el lado de acá (más hacia el este) hay una porción de tierra rodeada de agua, la isla Huapi. Al norte Rauquenhue deslinda con Deume y al sur se extiende hasta Puauchu.

Vivían en Rauquenhue tres caciques: uno llamado Naguín, el otro Huerapill, el tercero Quinchahual. Cada uno tenía sus mocetones y todos juntos estaban bajo las órdenes de Huaquinpan, cacique principal de Colileufu<sup>3</sup>.

De acuerdo con sus reminiscencias, señala que:

Distinguíase antiguamente a caciques principales y caciques inferiores y a los mocetones<sup>4</sup>.

Yo alcancé a conocer al ulmen<sup>5</sup> Huaquinpán de Collileufu, que era el cacique principal nuestro. En cualquier asunto que se presentaba, p. ej. tratándose de hacer una junta para negociar la paz o sea para declarar la guerra, Huaquinpán enviaba sus mensajeros a todos los caciques del territorio de su influencia. El gobernaba a los mapuches del lado norte del río Toltén y a los de toda la costa hasta la desembocadura del río Cautín, y desde el mar hasta Boroa tenía a los caciques bajo sus órdenes. A todos estos caciques con sus mocetones los convocaba él cada vez que se quería hacer una junta grande<sup>6</sup>.

<sup>2</sup> Lugar gredoso. Nota del padre Moesbach, Coña, *op. cit.*, p. 76.

<sup>3</sup> Coña, *op. cit.*, pp. 77-78.

<sup>4</sup> Por cacique principal Coña debió referirse al lonko o cabeza del linaje. Caciques inferiores pudieron ser los jefes de la familia extendida, agrupación que ocupaba un sector del territorio perteneciente al linaje.

<sup>5</sup> Hombre rico, condición asignada a los caciques principales que, en tiempos de Coña “recibía muchos animales; sus mocetones le traían bueyes, vacas, caballos y ovejas a fin de que los ayudara en sus pleitos y los defendieran antes los jueces”, *op. cit.*, p. 123. Esto representa una especie de compensación recíproca asimétrica, pues quienes reciben servicios devuelven bienes, que, en caso alguno podrían considerarse tributo.

<sup>6</sup> *Ibíd.*

Las declaraciones nos indican que en la segunda mitad del siglo XIX, los mapuches habían adoptado una división en pequeños distritos, si nos atenemos a las latitudes y longitudes de los lugares mencionados por Coña: *Cautín* (38° 45' Lat. S.; 72° 45' Long. O.); *Toltén*, (39° 00' Lat. S.; 72° 52' Long. O.) y *Boroa* (38° 44' Lat. S.; 72° 50' Long. O.); bajo el mando de un “cacique principal”, cuya misión primordial era solucionar los conflictos internos con las autoridades republicanas y convocar a juntas donde la comunidad debía resolver si declaraban la guerra a aquellos distritos cuyos habitantes los habían “maloqueado”, robándoles animales, niños o mujeres, o decidir si estimaban adecuadas las compensaciones ofrecidas por los ofensores<sup>7</sup> para evitar el conflicto. Quien ejercía esta función, además de su reputación de hombre sabio, justo y buen orador, debía mantener buenas relaciones con los oficiales del ejército que comenzaba a asentarse en algunos sectores de la Araucanía. Ello parece haber sido esencial para que los mocetones de los grupos familiares, como unidades básicas del linaje representado por los “caciques inferiores”, pudiesen seguir viviendo y trabajando en las tierras que aún conservaban como herencia de sus antepasados.

El cargo de cacique principal no era hereditario, puesto que dependía del prestigio personal del sucesor y de sus habilidades como interlocutor con otras agrupaciones familiares nativas y las autoridades republicanas. Según Coña

cuando murió Huaquinpán, dejó en su lugar a su hermano de nombre Calfupan, pero éste no gozaba de tanta autoridad e influencia entre los caciques. Finalmente, aún en vida de él, pasado un tiempo, Pascual Painemilla fue nombrado cacique principal. Cuando el comandante Orozimbo Barbosa estaba en Toltén, Painemilla hacía mucha amistad con él, también le favorecía el conocimiento del castellano<sup>8</sup>.

Sin embargo, la presencia de funcionarios del Estado impidió que los “caciques” continuaran cumpliendo con su papel de moderador de los conflictos entre miembros de diferentes linajes mapuches, pues

en todas partes hacían de jueces y subdelegados los caballeros chilenos, ya no se hacía caso de Painemil, hasta se le despreciaba un poco... (entonces) los demás caciques inferiores resolvían cada uno por sí o en unión con un cacique

<sup>7</sup> Un recuento de estas tratativas, en Coña, *op. cit.*, pp. 125-138, donde los designa como juntas de guerra y de paz.

<sup>8</sup> Coña, *op. cit.*, p. 123.

vecino los asuntos que se ofrecían entre la gente de sus respectivas reducciones<sup>9</sup>.

Si la afirmación es cierta, significaría que la instalación del aparato administrativo chileno les proporcionó a los jefes de familia, los *caciques inferiores*, una autoridad y poder que no poseían en la época colonial, pues ahora tenían capacidad para resolver sin consultar previamente al resto de la comunidad que, en los siglos anteriores, era la que efectivamente “governaba”, siendo el cacique solo un vocero de ella. Por otra parte, el hecho contribuyó a acentuar los lazos de reciprocidad entre los miembros de una parentela o, como la denomina Coña, “tribu (liga de trabajo)”, sosteniendo que

se ayudaban mucho en los diferentes asuntos; pero con la gente de parcialidades más lejanas se trataban de enemigos y se hacían malones con frecuencia<sup>10</sup>.

Es que, como hemos venido insistiendo, los agravios entre personas pertenecientes a diferentes linajes nunca se olvidaban y la obligación de vengarlos, aun cuando hubiesen sido compensados, se traspasaba de generación en generación, puesto que la llamada tribu, era, en realidad, “una asociación de una gran cantidad de segmentos de parentesco (linajes), cada uno de los cuales está compuesto por familias”<sup>11</sup> cuyos vínculos consanguíneos generaban solidaridades que les impulsaban a actuar como grupo corporado. Debido a ello, el liderazgo personal es carismático y solo se ejerce para objetivos específicos. En la *sociedad tribal*, no se vislumbran cargos políticos que impliquen real poder y el “jefe” es meramente un hombre de influencia, una especie de consejero<sup>12</sup>.

Los grupos familiares y residenciales tendían a ser económicamente autosuficientes y, al carecer de una autoridad superior, resolvían corporativamente el derecho a protegerse a sí mismos. El linaje se transformaba, de tal modo, en “persona legal” cuando asumía el deber de castigar al culpable del daño recibido por uno de sus parientes<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> Coña, *op. cit.*, p. 124.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 137-138.

<sup>11</sup> Service, Elman, *Primitive Social Organization*, New York, Random House, 1968, p. 111.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>13</sup> *Ibid.*

Esta reacción colectiva tomaba, sin embargo, la precaución de considerar las fuerzas con que contaba para la lucha, comparándolas con las del grupo a que pertenecía el agresor, cuya parentela también tenía la obligación de defenderlo de acuerdo con los mismos principios de grupo corporado. Así, si éstas eran mayores, el más débil buscaba la ayuda o alianza de otras agrupaciones familiares con las que mantenían nexos de reciprocidad, especialmente en lo que al intercambio de mujeres (esposas) se refiere.

Las alianzas, tratándose de conflictos entre los mismos nativos, no son permanentes, pues dependen de los intereses de cada grupo de parentesco. Pero, cuando deben enfrentar a un enemigo común, especialmente foráneo y, por tanto, ajeno a las normas tradicionales de interrelaciones, parece más adecuado establecer divisiones territoriales que faciliten la comunicación y el traslado hacia el lugar donde esperan repeler o atacar al adversario.

La conformación de las “tierras aliadas”, sin embargo, no obligaba a la unión de todos los linajes que se encontraban en ellas pues conservan su independencia para tomar la decisión que más convenga a sus intereses. Así, en lo que, sin mayor análisis, se visualiza como una sólida estructura espacial constituida con fines bélicos, hay linajes que se abstienen de participar en la lucha; otros que se dividen en sectores indiferentes o comprometidos con la lid y aun algunos que estiman conveniente aliarse con el enemigo para resolver sus conflictos con los adversarios ancestrales.

#### Para Pascual Coña

En tiempos antiguos había cuatro tierras aliadas: una del norte que comprendía Cañete, Pancaví, Quidico, Pangueco; otra se extendía de Boroa hacia la cordillera; otra de San José hacia el sur y la cuarta, este Ngulumapu desde Imperial acá.

Cada vez que representantes de estos aliados venían por acá, había grandes reuniones de paz o de guerra<sup>14</sup>,

para establecer las relaciones que tendrían entre sí y con los ejércitos republicanos que, luego del término de la “guerra a muerte”, en la que participaron a su favor o en contra agrupaciones de aliados mapuches conocidos como *abajinos* y *arribanos* respectivamente, comenzaban a internarse en los dominios indígenas.

<sup>14</sup> Coña, *op. cit.*, p. 125.

Las tierras aliadas o *wichanmapu* en realidad incluían superficies más pequeñas que los *butalmapus* coloniales. Podían desplazarse, con relativa facilidad y rapidez, por sus sendas internas para llegar al lugar en que se realizaría la junta donde, por la cercanía a los asentamientos de los *rukeríos* de los diferentes linajes, acudían “caciques inferiores” que mantenían comunicaciones frecuentes y, seguramente, estaban al tanto de todos los sucesos acaecidos en su interior, pues se trataba de alianzas de menor escala tanto en lo territorial como en la cantidad de parentelas involucradas, distribuidos en forma latitudinal o longitudinal de acuerdo con la orografía de la región que, a su vez, influía en la localización de los *rancheríos*, conjuntos residenciales habitados por familias extendidas conformadas por el padre, sus hijos casados y nietos. Tales eran los mocetones, cuya presencia y actuación Coña resaltaba en los sucesos ocurridos desde antiguo en las cuatro confederaciones territoriales. ¿Cuán remotos eran éstos? Suponemos que no superaban la centuria, pues sus conversaciones con el padre Moesbach se efectuaron entre 1925 y 1927, lo que coincide, en cierta medida, tanto con las cuatro generaciones que supuestamente abarca la historia oral de los pueblos ágrafos, como con el fin de la “guerra a muerte”.

En suma, ciertamente los *wichanmapu* del siglo XX aparecen como versiones postcoloniales de los *butalmapus*, adaptados a las nuevas condiciones generadas por la presencia republicana que tomó nuevas medidas, diferenciándose de las empleadas por las autoridades coloniales en sus relaciones con los mapuches. Perduró, sin embargo, la ausencia de asociaciones similares a las de las *grandes tierras* en las comunidades situadas al sur del río Toltén.

### *Los primeros testimonios de alianzas locales mapuches*

Desde el valle de Choapa hasta la isla de Chiloé, diversos linajes independientes y autónomos desarrollaban sus actividades sobre territorios considerados como propios, a los cuales cualquier ser extraño al grupo de parentesco debía obtener autorización para ingresar, aunque fuese solamente en tránsito hacia otra región. Este amplio conglomerado humano, que se estima superaba el millón de personas<sup>15</sup>, poseía un lenguaje común, aunque con

<sup>15</sup> Véanse Latcham, Ricardo, *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1924; Mellafe, Rolando, *La introducción a la esclavitud negra en Chile. Tráfico y rutas* (1959), Santiago, Editorial Universitaria, 1984; Thayer

variaciones dialectales regionales, similares costumbres y cosmovisiones. No obstante ello, estaban perfectamente adaptadas a las variaciones ambientales existentes en tan vasta superficie. Al igual que en el resto de las llamadas sociedades tribales<sup>16</sup> se hallaban fragmentados en miles de agrupaciones familiares diferenciadas entre sí por los ancestros que les dieron origen. Los linajes fluctuaban en sus densidades poblacionales. Los había con una gran cantidad de parientes, así como una mediana o pequeña. Como cada uno debía, ante la ausencia de una autoridad central que dirimiera sus pleitos, tomar la justicia en sus propias manos, las más débiles, obligadamente, tenían que buscar alianzas para enfrentar a los más poderosos en el sentido de que tenían más guerreros para el combate, comandados por un toqui a quien elegían los lonkos o jefes de linaje, basándose en una demostrada valentía, capacidad oratoria expresada en las arengas y otras cualidades. La elección, por ello, no siempre recaía en un miembro de la agrupación familiar que aportaba la mayor cantidad de *conas o lanzas* a la coalición<sup>17</sup>.

Organizadas para objetivos específicos, dichas alianzas duraban hasta que cumplían su cometido, luego se disolvían porque carecían de una estructura como la descrita para los wichanmapu. La integraban individuos que hoy eran amigos y mañana enemigos. En tales circunstancias no podían comprometer sus territorios en uniones tan efímeras.

Las primeras informaciones sobre ese tipo de alianzas en el siglo XVI provienen de la resistencia que una liga de linajes aconcagüinos, encabezada por Michimalonko, cacique principal o “señor” de la mitad de arriba del valle, mantenía contra Quilicanta, quien “estaba puesto por el ynga en esta tierra por gobernador”<sup>18</sup>, antes del arribo de la hueste de Pedro de Valdivia. Michimalonko logró que Quilicanta se desplazara al valle del Mapocho

---

Ojeda, Tomás, *Ensayo crítico sobre algunas obras históricas utilizables en el estudio de la conquista de Chile*, Santiago, Imprenta Barcelona, 1917, p. 252, dan esa cifra. En cambio, Téllez Eduardo, “Evolución histórica de la población mapuche del reino de Chile. 1536-1810”, *Historia Indígena* N°8, Santiago, 2004, pp. 101-126, calcula que eran cerca de 800.000.

<sup>16</sup> Véase Silva, Osvaldo, “Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispanos”, *Cuadernos de Historia* N°5, Santiago, 1985, pp. 7-29.

<sup>17</sup> Sahlins, Marshall, *Las sociedades tribales*, Madrid, Editorial Labor, 1980. Véase también Clastres Pierre, *Arqueología de la violencia y la guerra en las sociedades primitivas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

<sup>18</sup> Bibar, Jerónimo de, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)*, Berlín, Biblioteca Iberoamericana Colloquium Verlag, 1979, pp. 51-52.



y de allí le hacía la guerra a los caciques Michimalongo y Tangalongo, la cual tenían muy travada cuando el general allegó con los cristianos a esta tierra<sup>19</sup>.

Pero de quien Bibar dice que “es el más temido señor que en todos los valles se ha hallado”<sup>20</sup>, también se entrelazaba con sus vecinos del valle de Apalta, cuyo cacique, Ateputo, debía acompañarse de “una guarnición de yndios para guarda de su persona”<sup>21</sup>. Es que las ancestrales rencillas no eran dejadas de lado ni aun cuando la invasión de foráneos abriese un nuevo frente de combate.

Michimalonko logró el apoyo de varios grupos de parentesco aledaños a sus lares y a la recién fundada ciudad de Santiago para caer sobre ella y destruirla en 1541. Gracias a su personalidad y a las hazañas que enaltecían su figura, unidas a la generosidad, características que en las sociedades tribales otorgan prestigio y liderazgo, aglutinó a comunidades que, dejando de lado sus propias divergencias, le reconocieron como jefe porque, al decir de Mariño de Lobera,

aunque estos indios son comúnmente de bajos naturales y apocados en sus personas y modo de proceder en sus negocios, con todo eso hay algunos que representan el señorío y autoridad de sus linajes y oficios, y tal era este Michimalongo, cuya prudencia y sagacidad y otras buenas partes naturales autorizaban mucho su persona. Por esta causa era muy respetado de los indios y no menos por ser muy liberal y dadivoso para sus súbditos, y templado y sobrio y compuesto en sí mismo<sup>22</sup>.

El “general” Michimalonko representa la emergencia de caudillos reconocidos por los lonkos de linajes cercanos quienes, probablemente, trataron de crear vínculos recíprocos y de ayuda o auxilio bélico, entregándole sus hijas como demostración del deseo de que éstas asegurasen una relación propicia para su propia supervivencia. El liderazgo de dicho toqui y probable cabeza de su comunidad no requirió de una elección, pues se afirmaba en hechos que habían provocado la admiración de quienes lo ungieron para desalojar a los extranjeros que intentaban apoderarse de sus tierras y, con ello, imponerles las obligaciones inherentes a la calidad de *dominados* o conquistados, tan ajena a la mentalidad de las sociedades fragmentadas como la mapuche.

<sup>19</sup> Ibid.

<sup>20</sup> Ibid, p. 50.

<sup>21</sup> Ibid, p. 47.

<sup>22</sup> Mariño de Lobera, Pedro, *Crónica del Reino de Chile* (1580), Biblioteca de Autores Españoles, Tomo 131, Madrid, Ediciones Atlas, 1960, p. 226.

Similar situación parece haber elevado, en circunstancias distintas, a la condición de caudillo, al caballero<sup>23</sup>, según la tradición, del gobernador Pedro de Valdivia en medio del fragor del combate en las cercanías del fuerte de Tucapel (1553)

viendo un mal yndio que se dezia Lautaro, que servía al *gobernador*, que los yndios se afloxaban, se pasó a ellos, diciéndoles que se animasen y que bolviesen sobre los españoles, porque andaban cansados, y los cavallos no se podían menear. Acaudilló los yndios, y tomando una pica encomenzó a caminar hacia los españoles, y los yndios a seguirle<sup>24</sup>.

Aunque Lautaro fuese un desconocido entre los mapuches al sur del río Biobío, para ellos su persona, al haber permanecido largo tiempo junto a los hispanos, estaba empapada –de acuerdo con los principios de la magia por contacto– con atributos como el coraje, fuerza y destreza con las armas que admiraban en sus enemigos. Pensaban que ese contagio podría ser irradiado a quienes lo tocasen, aun cuando no compartiesen vínculos de consanguinidad ni perteneciera a uno de los linajes locales. El poder sobrenatural que le investía, en la mentalidad nativa, los llevaría a la victoria, recuperando el completo dominio sobre sus territorios una vez expulsados de ellos los invasores<sup>25</sup>. Para legitimar todavía más su posición de nuevo líder, Caupolicán

hizo a Lautaro –el que tengo dicho que se pasó quando mataron al gobernador– su *general*, y le dio tres mill yndios e no poco belicosos<sup>26</sup>.

El hecho indica que primó la sagacidad demostrada en los combates, que posiblemente estimaban derivada de la permanencia junto a los europeos, por sobre otras consideraciones relacionadas con el parentesco. Lautaro acrecentaría su prestigio tomando mujeres de los linajes locales y mostrándose generoso al momento de repartir el botín tras los exitosos combates en los que desplegó una estrategia desconocida por los *conas* mapuches.

Los sucesos que hemos comentado tienen en común el que los jefes que guiaban a los guerreros nativos no fueron elegidos, como sucedería después.

<sup>23</sup> *Ibid.*, *op. cit.*, p. 335.

<sup>24</sup> *Bibar, op. cit.*, p. 202.

<sup>25</sup> Hemos tratado este fenómeno en “Hombres fuertes y liderazgo en las sociedades segmentarias: un estudio de casos”, *Cuadernos de Historia* N°15, Santiago, 1995, pp. 49-64. Véase también León, Leonardo, “Mapu, toquis y weichafes durante la primera guerra de Arauco: 1545-1554”, *Revista de Ciencias Sociales* N°40, Valparaíso, 1995, pp. 277-344.

<sup>26</sup> *Bibar, op. cit.*, p. 206.

Se les consideró dotados de poderes sobrenaturales y confiaron que eran lo bastante poderosos para opacar a los que, pensaban, también tenían sus enemigos, aunque estuviesen fuera de la cosmovisión común a todas las “gente de la tierra”. En tal sentido, pasaron a ser símbolos mágicos de una unidad muy ajena a la realidad imperante en las relaciones entre linajes y al interior de ellos. Los colocaron por encima de la tradición natural que exigía la elección del *toqui general*, pues sus órdenes debían ser ejecutadas por una gran cantidad de guerreros que, al pertenecer a distintas comunidades, en tiempos de paz lo mirarían como un extraño, un potencial enemigo a quien había que destruir.

### *Las tempranas alianzas al sur del río Itata*

Tras las fracasadas expediciones de reconocimiento hacia las regiones meridionales de su gobernación, Pedro de Valdivia atravesó el río Andalién, afluente del Biobío.

Tras las expediciones de reconocimiento que hicieron el gobernador Pedro de Valdivia en 1546 y 1549 a las regiones situadas al sur del río Itata, a comienzos de 1550 organizó la incursión destinada a levantar el fuerte de Penco, que serviría de base para fundar la ciudad de Concepción; como lo comunicara a Carlos V

emprenderé lo de adelante y poblaré una cibdad donde comienza la grosedad de la gente y tierra, que ya la tengo bien vista<sup>27</sup>.

Al llegar al río Andalién, afluente del Biobío, los naturales de la zona, advertidos de la presencia hispana, le presentaron duro combate, sin impedir que el gobernador continuara hacia el lugar elegido para establecer el núcleo poblacional que dominaría la comarca y se constituiría en el centro de expansión hacia el sur donde, de acuerdo con las informaciones que poseía, había una gran cantidad de indígenas y valiosos recursos auríferos.

La presencia hispana en la bahía de Penco, atacada infructuosamente en marzo de 1550, provocó la reacción de los linajes comarcanos que, siguiendo

<sup>27</sup> Valdivia, Pedro de, “Carta al Emperador Carlos V. Santiago, 9 de julio de 1549”, *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile*, Santiago, Fondo Histórico José Toribio Medina, 1953.

la tradición, se reunieron en una junta de guerra, conformándose una alianza, en la que fue elegido el toqui general Aynabillo. El episodio fue narrado por Mariño de Lobera, quien sostiene que

Habiéndose comunicado y concertado todos los de aquellas provincias, como son las de Nuble, Itata, Renoquelén, Guaichimavida, Maseande, Gualquí, Penco y Talcaguano<sup>28</sup>

dicidieron deponer sus ancestrales enemistades y unirse ante el peligro que para su independencia implicaba el asentamiento de los europeos en sus tierras.

Luego que Aynabillo (o Ainavillo) fue electo, mandaron aviso dello por toda la tierra, notificando a todos su elección y ordenándoles que acudiesen a la guerra, y mui en particular a los bravos araucanos y tucapelinos, que estaban veinte leguas de aquel lugar donde él fue electo<sup>29</sup>.

Aunque la expresión “ordenándoles” empleada por el cronista no correspondía a la libertad con que cada comunidad decidía lo que estimaba más adecuado a sus intereses, lo concreto es que en esa ocasión se configuró una alianza, abarcando más linajes que los integrados durante sus ajustes de cuentas internas, participando en ella lebos o reguas localizadas a mayor distancia que lo habitual, clara demostración de una especie de reacción común en contra de un enemigo que ponía en peligro a todas las agrupaciones familiares cuyos territorios empezaban a sufrir los embates de los conquistadores y que le reconocieran al toqui Ainavillo la potestad para “que tuviese absoluto gobierno de toda la gente, *aunque eran de diversas provincias*”<sup>30</sup>. Destacamos la última parte de la cita pues, a nuestro juicio, tal reconocimiento implicaba, por un lado, la entrega del mando a una persona con la que carecían de vínculos de parentesco, salvo los de su propio linaje, y por otro, la intención no explícita de que el acuerdo fuese todo lo permanente que las condiciones y relaciones internas lo permitieran, incluyendo territorios alejados entre sí y, por tanto, con escasos o malos contactos, pero que podían movilizar en pocos días sus guerreros para ponerlos bajo el mando del jefe militar, especialmente cuando, como resultado de la expansión, serían levantados nuevos fuertes y ciudades en las comarcas al sur del río Biobío.

<sup>28</sup> Mariño de Lobera, Pedro, *op. cit.*, p. 301.

<sup>29</sup> *Ibíd.*

<sup>30</sup> *Ibíd.*

Como hemos señalado, las alianzas estaban lejos de constituir una entidad que actuara mancomunadamente pues, insistimos, cada linaje conservó su independencia, pudiendo aceptar o no plegarse a las decisiones tomadas por el “cacique principal” que debió ser el lonko del linaje al cual pertenecía el toqui general, las otras cabezas de los grupos de parentesco o caciques secundarios y sus respectivos toquis encargados de ejecutar, al mando de sus parientes guerreros, los movimientos y órdenes del jefe militar de la coalición. De ellas derivarán las *aillareguas* que, al parecer, eran identificadas con el nombre de la regua que convocó a la junta<sup>31</sup>. Ellas adquirirán primordial importancia tras la derrota y ajusticiamiento de Pedro de Valdivia en el combate de Tucapel (1553), en la que la regua de Pilmaiquén se llenó de prestigio, puesto que convocó a la junta victoriosa y en su territorio fue capturado el gobernador<sup>32</sup>; además, su toqui principal era Caupolicán<sup>33</sup>.

El éxito de la alianza impulsó a que otras reguas se le uniesen y que se integraran a ella las de Arauco y Purén, aumentando considerablemente la cantidad de *weichafes* o guerreros que aceptaron ser comandados por Caupolicán quien, como hemos indicado, incorporó a Lautaro como una especie de lugarteniente de la confederación que sería llamada “Estado de Arauco”, coalición que abarcó una superficie bastante mayor<sup>34</sup> a la que Alonso de Ercilla le asignara a la

pequeña provincia de veinte leguas de largo y siete de ancho, poco más o menos, la cual ha sido la más bélica de todos los Indios; y por esto es llamado el Estado Indómito<sup>35</sup>

que, con el correr de los tiempos, se convertiría en tres grandes unidades que integraban a las reguas confederadas, Arauco, Tucapel, Purén, trilogía que, más tarde, tendría vital participación en la constitución del butalmapu costino<sup>36</sup>.

<sup>31</sup> Ricardo Latcham en “La capacidad guerrera de los araucanos: sus armas y métodos militares”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, T. 15, Santiago, 1915, p. 26, estima que la cohesión entre los grupos de parentesco y territoriales araucanos fue impulsada por la invasión española. Similar posición ostenta Sergio Villalobos.

<sup>32</sup> Bibar, *op. cit.*, p. 206.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 203.

<sup>34</sup> Thayer Ojeda, Tomás, *op. cit.*, p. 259.

<sup>35</sup> Ercilla, Alonso de, *La Araucana* (1569-1578-1589), Santiago, Editorial del Pacífico, 1980, p. 231.

<sup>36</sup> Latcham, Ricardo, *La organización social... op. cit.*, pp. 381 y 410 reconoce en esta alianza la primera manifestación de los butalmapus.

Así, entre victorias y derrotas, los mapuches fueron estructurando una nueva organización guerrera, tratando de unir las fuerzas de los mocetones de diferentes linajes, olvidando momentáneamente sus resquemores y obligadas venganzas, para enfrentar a un enemigo que, en su afán por ocupar cada vez más territorios, dividía los menguados recursos humanos con que contaba en ciudades y fuertes que no tenían capacidad para resistir un asedio intenso y prolongado de parte de los nativos.

Las alianzas de las reguas de la costa, junto a algunas de la depresión intermedia o “llanistas”, según la denominación hispana de la época, pronto recuperaron parte de sus territorios ancestrales, empeñándose entonces en organizar expediciones destinadas a expulsar a los invasores

desde el río Itata hasta el río Cauten, en el cual término se incluyan<sup>37</sup> las ciudades Concepción, Confines, Tucapel, Imperial,<sup>38</sup>

que la gran alianza comandada por Lautaro destruyó y volvía a caer sobre ellas tras su reconstrucción. El éxito del casi mítico toqui le tentó a caer sobre la capital del “reyno de Chile” al mando de una gran fuerza conformada por “indios comarcanos de Itata, Nuble y Renoguelen”<sup>39</sup> a los que se unieron facciones de los promaucaes quienes, en reciprocidad al amparo prestado por los mapuches del sur del río Maule, donde buscaron refugio luego de la instalación de Pedro de Valdivia en el valle del Mapocho, les

tornaron a enviar mensajeros a los indios de Arauco a que se uniesen la más gente que pudiese a su tierra, y que allí les tendrían mucha comida y todo recaudo para la gente de guerra que trajesen. Puesto allí, se juntarían todos y vendrían sobre la ciudad de Santiago, y que harían la guerra a los españoles<sup>40</sup>

Luego de dos campañas que, por diversas razones fracasaron, Lautaro emprendió una tercera con la esperanza de alcanzar su objetivo: expulsar definitivamente a los españoles de las tierras mapuches. Estos, sin embargo, cayeron sorpresivamente sobre el campamento que lo cobijaba en los cerros

<sup>37</sup> Debe leerse ‘incluían’.

<sup>38</sup> Anónimo, *Informe de la guerra de Chile, 1580*, CDI Segunda serie, Tomo III, Santiago, 1959, p. 11.

<sup>39</sup> Mariño de Lobera, *op. cit.*, p. 189.

<sup>40</sup> Bibar, *op. cit.*, p. 323.

de Caune aledaña a Peteroa; la embestida de la hueste comandada por Francisco de Villagra logró capturar al toqui y darle muerte el 8 de mayo de 1557<sup>41</sup>.

La inesperada defunción del caudillo y la llegada del nuevo gobernador García Hurtado de Mendoza, decidido a acabar con la resistencia indígena, acentuaron los combates en los que las armas europeas obtuvieron importantes victorias, incluyendo el apresamiento y ajusticiamiento de Caupolicán.

Las alianzas de las reguas ya no pudieron actuar con la sensación triunfal que les daban los pretendidos atributos mágicos y físicos de los fenecidos toquis. Las bajas que habían experimentado en cantidad de mocetones tanto en los combates como por efecto de las pestes, unida a la disminución de las cosechas, encontró su máxima expresión entre las reguas o lebos de Arauco que, ante los requerimientos de las coaliciones de Tucapel y Purén para reiniciar las embestidas contra los asentamientos hispanos

Respondieron que bien sabían como ellos no se podían levantar ni declararse, porque habían quedado de la guerra pasada muy faltos de comidas y muertos la mayor parte de los indios valientes, que si les parecía que se detuviese el alzamiento por un año para que se reparasen de comidas.

Fue acordado entre todos los naturales que usasen de una cautela con los españoles, y fue que el levo de Arauco y todas sus parcialidades se mostrasen muy grandes amigos de los españoles, por tiempo de dos sementeras, y que si fuesen apercebidas para la guerra saliesen contra sus padres y hermanos y parientes, y que de esta manera podrían sembrar tanta cantidad de comida que bastase para proveimiento de diez años, á vista de los españoles, de tal manera que si los indios de guerra saliesen necesitados, se favoreciesen entre los de paz<sup>42</sup>.

Comenzaba así una nueva estrategia bélica entre los nativos, en la que la ambigüedad y las paces fingidas fueron las conductas más comunes. Nada se nos revela acerca de la actitud con la que “amigos” atacaban a sus parientes, aunque es posible deducir que huían o intentaban causarles pequeñas heridas, lo cual no debió suceder en caso de enfrentar a otras reguas, pues en tal circunstancia se desataban los viejos antagonismos. A pesar de ello, surgió el

<sup>41</sup> Leonardo León, en *Merma de la sociedad indígena en Chile central y la última guerra de los promaucaes, 1541-1558*, Institute of Amerindian Studies, Scotland, 1991, presenta una buena descripción del desarrollo de estas lides.

<sup>42</sup> “Relación que hizo a S.M. Francisco de Bilbao, vecino de Chile, dando pormenores de la fatal condición de los indios de aquel reino, y la muerte que dieron a el gobernador don Pedro de Valdivia, Pedro de Avendaño y otros españoles” (1574), C.D.I., Tomo IX, pp. 468-469.

compromiso de auxiliarse mutuamente con bastimentos. Los linajes que luchaban por encontrarse más cercanos al campo de acción hispano recibían alimentos de quienes en otras condiciones nunca se los proporcionarían. Es que el éxito de sus cosechas se debía al arrasamiento de los sembradíos de los lebos que sufrían el acoso permanente de las huestes invasoras<sup>43</sup>. Lo que para los “hombres de la tierra” era un nuevo mecanismo de adaptación cultural a sus medios ambientes alterados por la presencia europea, para éstos constituían dobleces, traiciones o cinismos que, lentamente, forjaron en su mentalidad una imagen siniestra de los nativos, acorde con su condición de bárbaros sin palabra, ley ni autoridades que reprimieran aquellas actitudes.

Con el transcurso de los años, las acciones más violentas fueron cambiando de escenario, centrándose en la región de los llanos donde las reguas de Angol y Purén pasaron a ser “los más obstinados rebeldes de esta tierra”<sup>44</sup>, incitando al levantamiento

De los indios de las ciudades de Valdivia, Villarrica y Osorno hasta los contornos de Castro, que es el postrer lugar de estas provincias hacia la parte del sur y llega este alzamiento hasta la Imperial<sup>45</sup>.

Al mismo tiempo, en la costa cobraba mayor fuerza la alianza entre comunidades o “parcialidades” cercanas, reconociendo, en forma tácita, el liderazgo de la más fuerte desde el punto de vista demográfico. De este modo se formaron las *ayllareguas*, una agrupación sin organicidad interna, cuyo principal objetivo parecía ser la rápida congregación de guerreros para asaltar o repeler ataques bajo las órdenes de un toqui ya designado, sin tener que recurrir, ante la contingencia, a las tradicionales convocaciones a juntas y elección del jefe militar. Su estructura estaba lejos de poseer la institucionalidad que le atribuyeron los españoles; tampoco reaccionaban como un solo cuerpo, pues está en la naturaleza de las sociedades tribales conservar la independencia de los individuos para aceptar las decisiones de sus jefes civiles, rechazarlas o mantenerse al margen de ellas. Olaverría sintetiza bien tal impresión cuando sostiene:

Toda esta tierra referida del estado e indios della estan repartidos en cinco allareguas aquellos llaman, que la allaregua es una junta y concurso de nueve

<sup>43</sup> Véase León, Leonardo, “Mapu, toquis y weichafes...”, *op. cit.*

<sup>44</sup> “Carta de Rodrigo de Quiroga al Rey dando cuenta de su gobierno y del estado del reino, 2 de enero 1577”, C.D.I. (segunda serie), Tomo II, pp. 312-313.

<sup>45</sup> “Carta de Alonso de Sotomayor al rey pidiendo socorros para proseguir la guerra y mercedes para él y su hermano, 9 de enero de 1585”, C.D.I. (segunda serie), Tomo III, p. 233.



parcialidades...(abarcando una superficie) de 25 leguas, y de ancho seis y ocho y en partes más y menos<sup>46</sup>.

#### Agregando que similar organización tenían

Las provincias de Talcamávida, Laucamilla, Catiray, Marigüeño y lo que dicen Angol el Viejo, Andalican, Arauco que esta sobre la mar, la provincia de Tucapel que por la costa llega con sus parcialidades asta junto á la Imperial y la provincia de Puren que esta pegada a las referidas en este capitulo sobre el camino real, y todas estas dichas provincias asi señaladas y nombradas... parecen que estan en un sitio y circulo oval porque por una parte la ciñe el gran rio Biobío y por otra la mar y por otra el llano y camino real<sup>47</sup>,

a las que se sumaban las reguas de Gualqui, Rere y Tarochina<sup>48</sup>, refrendando la información que el gobernador Oñez de Loyola, un año antes, enviara al rey:

En veinte y cinco leguas de distrito de guerra hay cinco provincias con cada una nueve parcialidades de indios, *sin reconocimiento ni sujeción de un pueblo a otro en lo que no fuere materia de guerra*<sup>49</sup>.

La percepción de las autoridades y expertos en los asuntos de guerra era que las ayllareguas estaban integradas por nueve linajes, lo cual no siempre era así, constituyendo una “provincia” en la cual solo se reconocían autoridades y jerarquías guerreras, localizadas sobre una franja de relieve, la planicie costera y secciones del cordón cordillerano de la Costa que, en esa región, está desmembrado por la erosión glacial, hasta alcanzar la depresión intermedia por donde se había trazado el camino hacia Valdivia. También era clara la sensación de que las ayllareguas de Arauco, Tucapel y Purén se erigieron como núcleos que articulaban y azuzaban las mayores conflagraciones, al punto que para el mariscal Ruiz de Gamboa, la guerra solo terminaría cuando se conquistase y poblase “de una vez en las tres partes referidas, Tucapel,

<sup>46</sup> “Informe de don Miguel de Olaverria sobre el Reyno de Chile, sus indios y sus guerras” (1594). En Claudio Gay, *Historia física y política de Chile*, París, 1852, *Documentos*, tomo II, p. 21.

<sup>47</sup> *Ibid.*

<sup>48</sup> *Ibid.*

<sup>49</sup> “Informe a Su Magestad sobre el estado del reino de Chile”, A.G.I., Patronato 28, ramo 14. Destacado nuestro.

Purén y Millapoa”<sup>50</sup>. Oñez de Loyola ordenó, siguiendo el consejo de su mariscal, un fuerte, Santa Cruz, que en enero de 1595 adquirió la condición de ciudad, Santa Cruz de Oñez, que tuvo efímera existencia,

En una loma pintoresca, alta y llana, situada al oriente del estero de Millapoa o Rele, y a cerca de una legua del Biobío<sup>51</sup>,

a la que, en 1597, se agregaría el fuerte de San Salvador de Coya, en Purén<sup>52</sup>.

La ayllaregua de Purén, encabezada por el toqui Pelantaro, en diciembre de 1598 puso en jaque a la ciudad de Angol. Alertado del asedio, el gobernador decidió socorrerla, saliendo de la Imperial con solo cincuenta soldados y unos trescientos “indios amigos”. Acampó, sin tomar precauciones de ningún tipo, cerca de una loma en Curalaba, a orillas del río Lumaco. Pelantaro, secundado por los toquis Anganamon y Guaiquimilla, cayeron sobre el desprevenido campamento al amanecer del 23 de aquel mes, dando muerte al gobernador y gran parte de su tropa. La victoria obtenida en Curalaba encendió la mecha de una rebelión general, que involucró a las reguas situadas entre el río Maule y Osorno. La situación se hizo tan desesperada para los españoles que, uno tras uno fueron desalojados los fuertes y ciudades al sur del Biobío: Santa Cruz de Oñez, Imperial, Valdivia, Angol, Villarrica y Osorno.

Asumió el mando Alonso de Ribera, quien fuera dos veces gobernador de Chile (1601-1605 y 1612-1615). En cuanto desembarcó en la zona rebelde se dio cuenta de que era imposible batirse con un enemigo que carecía de ciudades o pueblos, estando diseminado en cientos de rancherías familiares, cultivando en inaccesibles selvas, quebradas o montes en los cuales la caballería no podía maniobrar, y con hábitos alimenticios que le permitía sobrevivir de la caza y recolección de múltiples especies vegetales silvestres<sup>53</sup>. Un cronista comentó, con irónica sorna, que ni aun la destrucción de sus chozas y la quema de sus sembradíos, los podría afectar

<sup>50</sup> “Parecer del mariscal Martín Ruiz de Gamboa sobre la guerra de Arauco. 20 de julio 1593, C.D.I (segunda serie), Tomo IV, p. 308.

<sup>51</sup> Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000, Tomo III, p. 159, nota 32.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 170.

<sup>53</sup> Este y otros aspectos de la guerra y sus características entre los siglos XVI y XIX han sido tratados por Sergio Villalobos en varios escritos. Destacamos, aunque no compartimos totalmente su visión sobre algunos temas, *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1995.

Porque como son tan poco costosos sus palacios, por ser de tan poca fabrica su arquitectura, y la materia tan poco dificultosa de hallar que la tienen al pie de la obra, pues sólo requieren para ello palos, varas y paja o carrizo con grande facilidad vuelve cada familia a levantar otra casa, sin tener necesidad el dueño de desentovlar algún dinero mas sólo de convidar a beber para un día y aún menos de medio día en que se la dejan de todo punto acabada<sup>54</sup>.

El descalabro cristiano era evidente. Sus esfuerzos para recuperar los dominios perdidos fueron estériles. Nada arredraba a las ayllareguas alzadas, ni siquiera la *guerra a muerte* que algunos capitanes peninsulares impusieron sobre los indígenas, sin consideraciones de sexo o edad. Tampoco los suplicios aplicados a los cautivos. Ante esta desastrosa realidad, las autoridades coloniales centraron sus esfuerzos en la salvación de los sobrevivientes que aún resistían el asedio nativo en las ciudades sureñas, y en impedir que cruzaran el Biobío para atacar a las ubicadas al norte de él. El gobernador Ribera ordenó levantar sobre su margen septentrional una línea de fuertes que contuviese cualquier intento de traspasarlo. Así nació la frontera que, según la estrategia del mandatario, tendría el carácter de móvil. Eliminada la resistencia de las reguas aldeañas, con los refuerzos de soldados profesionales que esperaba recibir, el gobernador pretendía ingresar, lentamente, hacia los dominios perdidos, y luego de someter a sus moradores, establecer la nueva frontera, procurando que al norte de ella no quedasen grupos rebeldes, y de ese modo llegar hasta el río Toltén, al sur del cual vivían, según González de Nájera, nativos que se diferenciaban de los alzados

En rudez, en brutalidad, en discurso, en ingenio y en animosidad, de tal manera, que no solo de los nuestros son tenidos por más bárbaros y de menos bríos....pero los mismos indios nuestros vecinos burlan dellos y los tienen tan a poco, que los estiman por dejativos; flacos y de poco valor, dándoles por ello nombre de beliches, que entre ellos es de desprecio, que a lo que me ha sido interpretado, es como decir hombres apocados y sin presunción<sup>55</sup>.

El establecimiento de la frontera determinó grandes cambios, tanto para los conquistadores como para los mapuches, manifestados en ensayos como el de la “guerra defensiva” propiciada por el padre Luis de Valdivia, la celebración de parlamentos buscando llegar a acuerdos que asegurasen una relativa paz, y con ella se desarrollase una convivencia en la que la interacción

<sup>54</sup> González de Nájera, Alonso (1614), *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971, p. 167.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 257.

entre ambos bandos produjese relaciones mutuamente beneficiosas de intercambio de bienes y cautivos, la materialización del proceso evangelizador y la posibilidad de las autoridades coloniales para actuar como árbitros en los conflictos internos que separaban y enemistaban a los linajes que continuaban conservando su independencia y propia identidad<sup>56</sup>, especialmente aquellos localizados entre los ríos Biobío y Toltén, catalogados como los más belicosos y difíciles de doblegar<sup>57</sup>.

### *La conformación de los butalmapus*

Desde fines del siglo XVI, las ayllareguas fueron vistas por los españoles como un conjunto de coaliciones bélicas integradas por linajes relativamente cercanos, dispuestos a expulsarlos de sus tierras ancestrales, coincidiendo su constitución, en cierta forma, con la de los wichanmapu que Pascual Coña le describiera al padre Moesbach. La construcción de fuertes y ciudades circundados por “indios amigos”, “indios de paz encomendados y tributarios”, “yanaconas”, “esclavos” e “indios de guerra”, según los clasificara González de Nájera<sup>58</sup>, obligaba a éstos últimos a estar atentos a los movimientos de sus habitantes o a enterarse de ellos por boca de los amigos o encomendados no siempre fieles a sus dueños, a fin de aprovechar las ocasiones propicias para emboscarlos, asaltarlos o enfrentarlos en abiertos combates. Para tener éxito requerían convocar rápidamente a la cantidad de guerreros necesarios para lograr sus objetivos, lo cual solo era factible mediante alianzas con grupos de parentesco cuyos territorios fuesen aledaños y se distribuyesen en una superficie relativamente pequeña. Tal parece ser el verdadero sentido de la expresión *wichanmapu*, tierras aliadas, acentuando, posiblemente, el hecho de que los miembros de cada linaje podían transitar por ellas, sin temor a represalias o asaltos, cuando el toqui principal los citaba para reunirse en un determinado lugar a fin de iniciar la incursión contra el enemigo común.

Aunque la destrucción de las ciudades de Valdivia (1599), el abandono de la Imperial y Angol (1600), la caída de Valdivia (1602) y el despoblamiento de Osorno (1604), había liberado gran parte del territorio mapuche entre los

<sup>56</sup> Para mayores detalles de estas “relaciones fronterizas”, véase Sergio Villalobos, *op. cit.*

<sup>57</sup> González de Nájera, Alonso, *op. cit.*

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 252.

ríos Biobío y Calle-Calle, los hispanos aún se mantenían en los fuertes de Arauco y Nacimiento, además de los que se levantaron para intentar restablecer la frontera: Angol, Lebu, Paicaví, Tucapel y Boroa, que resistían penosamente los asedios mapuches, hasta que la falta de refuerzos y alimentos y su completo aislamiento determinaron su desalojo.

A los mapuches, la nueva situación unida a los intentos de imponer una “guerra defensiva” propiciados por el padre Luis de Valdivia, no los llevó a deponer sus actividades bélicas, aunque tuvieron que readaptarse creando otras formas de relaciones internas, especialmente para auxiliar a los “fronterizos”, o reguas cercanas al Biobío y, por tanto, más expuestas a los ataques hispanos, que arrasaban sus campos de cultivos, quemaban las rancherías y tomaban prisioneros para venderlos como esclavos. Comprendieron que su derrota posibilitaría el reingreso de los europeos a las tierras liberadas, por lo que se aprestaron a socorrerlos con alimentos y, si era necesario, con recursos humanos. Para ello debían contar con vías expeditas de comunicación y transporte, pareciendo ser las más adecuadas a tales propósitos las rutas longitudinales, como lo habían hecho los españoles en la zona costera con el objeto de transitar entre los asentamientos que habían levantado. Así nació posiblemente la concepción de una división geográfica que, siguiendo las características del relieve, permitiera a los linajes meridionales, más alejados de la frontera, ayudar con bastimentos a los que estaban más cercanos a ella, compensando recíprocitamente a quienes, como verdaderos escudos humanos, contenían las arremetidas de las tropas foráneas. Dicha estructura tendría pues como función primordial la mutua protección de los territorios de cada linaje y no la constitución de una gran alianza entre los moradores de las franjas con similares características de relieve. El padre Valdivia, recogiendo, seguramente, la información de indios amigos, los identificó con la palabra *uítanmapu*, en la relación que hiciera acerca de sus actividades relacionadas con el proyecto de guerra defensiva que se esforzaba por implementar<sup>59</sup>.

El misionero jesuita había publicado en Lima, el año 1606, su *Arte y gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile con un vocabulario y confesionario*, en la que consigna solo la voz *uítan*, traduciéndola como “levantarse”, lo que indicaría que a esa fecha todavía no tenía vigencia

<sup>59</sup> “Memorial al Rey del Padre Luis de Valdivia sobre la guerra de Chile (1613)”. En Blanco, José María, *Historia documentada de la vida y gloriosa muerte de los padres Martín de Aranda y Horacio Vecchi y del hermano Diego de Montalbán de la Compañía de Jesús. Mártires de Elicura en Arauco*, Buenos Aires, Amorroutu e Hijos, 1937.

el término uútanmapu<sup>60</sup>, aunque ya en 1607 había descrito vagamente la formación de grandes coaliciones al sur de la frontera, refrendándolo en otra relación de 1612<sup>61</sup>, al afirmar que existía una cadena de alianzas entre las ayllareguas de la costa, de los llanos y de la cordillera nevada, que se extendía más allá del río Imperial, encabezadas por toquis generales como Lincupichun, de la regua de Purén, quien tenía dominio sobre las poblaciones costeras hasta Valdivia. El cacique de Pellahuen estaba a cargo de la banda oriental de la cordillera de Nahuelbuta y de Hualqui, contando con el apoyo de los lebos o reguas diseminadas entre la Imperial y Osorno. Utablame, toqui de Elicura, y gran amigo del jesuita a quien secundaba en su proyecto, encabeza la liga de su territorio unida a las de Tucapel y Catiray en los llanos, cuyos toquis le estaban subordinados. En la precordillera andina, un toqui no identificado ejercía el mando temporal sobre las reguas localizadas entre Chillán y Villarrica<sup>62</sup>.

De acuerdo con las informaciones, la nueva organización territorial se encontraba en ciernes; cada una de las tres divisiones geográficas, en cuyo interior se mantenían las ayllareguas, estaba a cargo de un cacique o un toqui. El proyecto, al parecer, no era conformar otra gran alianza, pues la persistencia de las temporales confederaciones de linajes localizadas a pequeñas distancias, abarcando reducidas superficies, demuestra que éstas eran todavía más efectivas a la hora de convocarse para la guerra. Se trataba, en cambio, de crear un espacio donde pudiesen transitar hombres y bienes de sur a norte o viceversa, a fin de auxiliar a los fronterizos que eran los más afectados por los rigores de la lucha y, en caso de ser derrotados, otorgarles refugio en sus propios dominios, a los que también podían acceder con relativa facilidad, mientras se reunía la cantidad de guerreros necesarios para emprender la contraofensiva y restablecer el linde del Biobío.

Posteriormente, el misionero precisó que los butalmapus eran tres “provincias”: la de la costa, que se extendía entre los ríos Biobío y Cautín; la del

<sup>60</sup> Edición facsimilar de Julio Platzmann, Leipzig, 1887.

<sup>61</sup> “Relación de lo que sucedió en la jornada que hicimos el Sr. Presidente Alonso de Ribera gobernador de este reyno y yo desde Arauco a Paycabi a conducir las paces de Ilicura última regua de Tucapel y las de Puren y la Imperial, escrita por el padre Luis de Valdivia al salir de Paicaví de vuelta a Lebo, 26 de noviembre-11 de diciembre de 1612”. En Claudio Gay, *op. cit.* Documentos, tomo II, pp. 281-294

<sup>62</sup> “Copia de una carta del Padre Luys de Valdivia para el señor Conde de Lemos Presidente de Indias, fecha en Lima a 4 de enero de 1607, en que da particular relacion de lo tocante a lo sucedido en la guerra, y pazes de la provincia de Chile adonde le embio el Virrey del Perú, y de lo particular que alla hizo”, *Biblioteca Hispano Chilena*, Tomo II, pp. 49-56.

medio, que incluía las parcialidades de “Chichaco, Regayco, Malleto, Coypi, Curaipi y Coyunco”, abarcando desde la frontera a las proximidades del río Cruces; y la cordillerana, que llegaba hasta Villarrica. Agregaba “de tres partes de la tierra de guerra es la una y la más principal este utanmapu de la cordillera”<sup>63</sup>.

Núñez de Pineda coincide con dicha división al narrar el episodio en que un joven soldado, capturado con otros cuarenta y cinco compañeros, entre los que se contaba el autor, en la batalla de Las Cangrejeras donde los había batido el toqui Lientur del butalmapu andino el 15 de mayo de 1629, es condenado a muerte. Luego de una ceremonia plena de simbolismos mágicos

Fueron tres capitanejos a sacar cada uno un cuchillo de los que estaban liados en la lanza... que significaban los *utanmapos*, que son parcialidades de que se compone toda la tierra que habitan desde la costa a la cordillera, que se reparte en tres caminos que llaman *rupus*. La una parcialidad es de la costa; la otra, la parte de la cordillera y la tercera, de en medio; que cada una de estas parcialidades tiene un distrito conocido y su jurisdicción señalada<sup>64</sup>.

Rosales, por su parte, relata que en 1627 el gobernador Luis Fernández de Córdoba efectuó una violenta incursión hacia la Imperial, Yumbel y Arauco, a fin de capturar guerreros para transarlos en el mercado esclavista. Lientur, indignado, convocó a una junta de guerra para emprender un no menos brutal contraataque desde las reguas de la Imperial. En la junta acusó a los de Purén de haber dejado pasar al enemigo “teniendo tan buenos soldados”, y les advirtió que si el hecho se repetía “les haría la guerra como a extraños”<sup>65</sup>.

Dieron los de Puren sus excusas, de que tenían presente los males que los Españoles les avian hecho en el tiempo en que abian sustentado la guerra y con ella no avian medrado nada, sino consumirse, y acabarse, y que ya se vian pocos, querian conservarse, y no acabarse de arruinar de todo punto. *Y que si querian que hiziessen la guerra, como fronterizos, se viniessen a unir con ellos a la frontera los de Quecheregua*, y otros, que por no hacer frente, se avian metido la tierra adentro de la Imperial. Y viendo los de la Imperial, que

<sup>63</sup> Valdivia, Luis de, “Carta a su Magestad Felipe III, Concepción, enero de 1618”, en Biblioteca Nacional, Manuscritos Sala Medina (en adelante MM), vol 120, leg. 2108, f. 12.

<sup>64</sup> Núñez de Pineda y Bascañán, Francisco, *Cautiverio feliz y razon individual de las guerras dilatadas del reino de Chile*, Biblioteca Antigua Chilena N° 5, Universidad de Chile-Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Santiago, 2001, tomo I, p. 292.

<sup>65</sup> Rosales, Diego de, *Historia Genera del Reino de Chile, Flandes Indiano* (1674), Santiago, Editorial Andrés Bello, 1998, Tomo II, p. 1026.

esta petición era justa, *echaron de sus tierras mil lanzas, y mas de indios fronterizos que huyendo de la guerra, se abian ido a sus tierras y estos con los de Puren se unieron*<sup>66</sup>.

### Lientur fue reconocido

De comun applauso por general de las armas y caudillo de la guerra que intentaba hazer. Y de comun acuerdo repartieron los cargos de la milicia y sus fronteras en tres partes. A la parte de la cordillera pusieron al general Lientur. A Queupante gran soldado, y capitán de mucho valor, que era señor de la costa, a la parte de la mar con toda la gente Ilicura, Tirua, Repocura, y Relomo. Y a Pailaguala capitán general de Puren, en el medio de toda la tierra, y en el centro de ella. Cuyas tres frentes, son como tres puntas de un escuadrón armado que nos las tienen puestas a los ojos, y a los pechos, y abrazan toda la tierra fronteriza, la defienden, y a estos frentes y caminos llaman Utanmapu, y cada parcialidad defiende su camino. *Y en occassiones de aprietos grandes, se juntan todos*<sup>67</sup>.

Las citas concuerdan en que los utalmapus eran divisiones territoriales, más que confederaciones de ayllareguas o alianzas entre ellos. Eran *grandes tierras* cuyas intrincadas huellas podían ser recorridas sin dificultad, salvo en épocas de crecida de los ríos, por sus comarcas, y que el peso de la resistencia recaía sobre los fronterizos, quienes no trepidaban en dejar pasar las tropas hispanas cuando éstas iban bien equipadas y con un contingente superior al de los guerreros nativos. Sin embargo, a pesar de las rivalidades entre los linajes, éstos acogían en forma solidaria a quienes, hastiados de una situación que les impedía la vida normal, buscaban refugio entre las parcialidades más alejadas del Biobío. La unión de las reguas interiores con las fronterizas se producía solo cuando éstas se hallaban en graves apuros, para lo cual las rutas norte-sur resultaban más apropiadas que las de este-oeste, debido al accidentado relieve. Durante gran parte del siglo XVII, los butalmapus continuaron priorizando las pequeñas ligas, pues carecían de un jefe civil que tuviera autoridad a lo largo de las líneas que los españoles suponían delimitaban las tres divisiones. En cualquiera de ellas podía surgir un líder poderoso u hombre fuerte, cuya personalidad y carácter demostrado en las lides, le hacían merecedor del reconocimiento general, en públicas asambleas, para otorgarle el mando, ocasión en la que también se elegía a quienes organizarían y comandarían las huestes de sus respectivas secciones: el lafquenmapu, lelfunmapu e

<sup>66</sup> *Ibíd.* Destacados nuestros.

<sup>67</sup> *Ibíd.*, pp. 1026-1027. Destacado nuestro.



inapiremapu, como en mapudungun llamaban a las agrupaciones o grandes tierras de la costa, los llanos y la cordillera. Ésta abarcaba con mayor precisión solo la faja precordillerana y los valles bajos andinos.

Los butalmapus, ante todo, estaban orientados a la guerra, aunque carecían de una estructura jerárquica de mando que seguía en manos de caudillos locales con mayor prestigio en los campos de batalla, y cuyo poder solo era efectivo entre los miembros de su linaje o de la ayllaregua a que pertenecía. El llamado “toqui general” era elegido entre ellos por los lonkos y conas que participarían en la acción bélica. Para los que se abstendían de hacerlo carecía de mayor importancia, a no ser que éste los amenazara con atacarlos, dado que contaba con una mayor cantidad de guerreros.

La condición de hombres belicosos y de no dejar pasar ocasión para caer sobre asentamientos militares o civiles hispanos que le atribuían al inapiremapu tiene su explicación en la sinuosidad del territorio en que se desenvolvían; quebradas, ríos, pasos ocultos y vegetación densa formaban parte de un escenario que les era conocido, desplazándose sin ser descubiertos hasta las inmediaciones de la Isla de La Laja y Chillán al norte de la frontera, e incluso caer sorpresivamente sobre las huestes que se aventuraban en sus intrincados terrenos.

En 1654, el despiadado castigo que sufrieron los cuncos de la costa al sur de Valdivia por haber asesinado a los sobrevivientes de un naufragio ocurrido en la región y por haberse apoderado de los bienes que el mar arrojó a la playa, tuvo como resultado una desastrosa derrota de los hispanos en el río Bueno. Los escasos sobrevivientes regresaron a Concepción dispuestos a apertrecharse para reiniciar la campaña contra los cuncos. Sin embargo, la noticia del descalabro que habían experimentado se esparció por los butalmapus, dando origen a una rebelión general en 1655 que se expandió desde el río Maule hasta Valdivia. El fuerte de Boroa quedó aislado y sus habitantes debieron resistir durante un año el acoso mapuche; el de Arauco a duras penas pudo mantenerse y el de Nacimiento fue abandonado al igual que la ciudad de Chillán. Las autoridades coloniales llegaron, incluso, a planear el traslado de la frontera al río Itata o al Maule. Sin embargo, en 1657 el gobernador Pedro Porter Casanate logró cruzar el Biobío, reconstruyendo y repoblando algunos fuertes de la Araucanía, castigando duramente a las reguas rebeldes. Volvió la paz a la región entre el Maule y el Biobío. La frontera se restableció, a pesar de los esfuerzos del mestizo Alejo para tomarse Concepción. Su muerte dejó como caudillo del alzamiento a Misqui, antiguo sirviente o yanacona de los españoles, quien logró guiar a sus guerreros hasta el río de La Laja, donde, a mediados de noviembre de 1661, estableció su campamento. Allí encontraría la muerte cuando cayó sorpresivamente sobre él una

compañía de soldados al mando del maestro de campo Gerónimo de Molina. El desastre fue completo para los mapuches, que perdieron casi mil hombres entre muertos, ahogados y cautivos. Así, la rebelión llegó a su fin y los españoles volvieron a poner sus reales en los fuertes de Arauco, Santa Juana, Santa Fe y Nacimiento (1665). La paz fue acordada solemnemente en enero de 1671<sup>68</sup>.

Al interior de los butalmapus también se experimentaban cambios. La distinción entre indios de guerra e indios de paz llevó a que éstos aceptasen, tal como antes lo habían hecho con los lenguaraces o intérpretes, la presencia de *capitanes de amigos*, que ya actuaban en territorio mapuche probablemente desde la primera mitad del siglo XVII. La paz de 1671 reactivó su importancia, dada la desconfianza que las autoridades coloniales tenían sobre el cumplimiento de lo pactado en ella. Su presencia suplió, entre los indígenas que apoyaban a los españoles en tiempos de guerra, a la tradicional elección de toquis, acatando sus órdenes por ser una persona con la cual no tenían vínculos de parentesco, tal como había ocurrido en las ayllareguas que reconocieron la autoridad de un extraño a su linaje. Los capitanes de amigos también encabezaban las distintas parcialidades localizadas en los contornos de fuertes o ciudades. Los indios amigos, sin duda, debieron sentirse más seguros en aquellas regiones que mantenían una mayor población europea; las parcialidades al interior de los butalmapus, en cambio, estaban más expuestas a las represalias de mapuches rebeldes, por el relativo aislamiento de los asentamientos peninsulares. El capitán era, además, intermediario entre los indígenas a su cargo y los funcionarios de la corona; hacía las veces de “buen componedor” en los pleitos que surgían entre sus dirigidos. Al parecer, la importancia de su actuación estaba directamente relacionada con el resguardo de la vida y la buena convivencia interna de los indios amigos. Sin embargo, no todos estos capitanes se comportaron adecuadamente y los casos de abusos, maltratos, venta e incluso asesinato de sus subordinados abundan en las páginas de cronistas como Diego de Rosales<sup>69</sup> y Gerónimo de Quiroga, para quien muchos de ellos al poco tiempo de vivir entre los indígenas, adoptaban sus costumbres, convirtiéndose en verdaderos indios<sup>70</sup>.

<sup>68</sup> Barros Arana, Diego, *op. cit.*, Tomo V, p. 100.

<sup>69</sup> Rosales, Diego de, *op. cit.*

<sup>70</sup> Quiroga, Gerónimo de, *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*, 1690, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979, pp. 193 y 295.

Aunque aparentemente tenían mayor rango, el poder e influencia de los comisarios de naciones, cargo cuyo origen no es claro ni fue reglamentado, parece menor al de los capitanes, pues no vivían en las comunidades, ya que estaban asentados en Concepción y Valdivia, contactándose con los caciques para escuchar sus quejas, mediar entre ellos manteniendo la paz, cuidar que no sufriesen arbitrariedades de los soldados y tratar de evitar que ellos las cometieran o se lanzaran en sorpresivos ataques sobre las poblaciones hispanas.

La acción de ambos funcionarios pasó a suplir, en parte, la falta de jefes nativos con autoridad y poder efectivo sobre los grupos familiares mapuches. Ello sería considerado beneficioso para la convivencia pacífica y se convertiría en el modelo que adoptó cada butalmapu cuando decidió elegir a un “cacique gobernador”, cargo que recaía en la persona que contaba con mayor prestigio entre las diversas parcialidades y fuese, además, confiable para los funcionarios coloniales. Su autoridad, sin embargo, era débil, por lo que podía ser depuesto por sus “subordinados” o cambiado a petición del gobernador de Chile o quien lo representara.

### *El butalmapu pehuenche*

Hacia 1629, como hemos señalado, la tierra reconquistada por los mapuches se hallaba dividida en tres secciones. Núñez de Pineda, reafirmando su declaración anterior, señala que ellas eran “parcialidades”, es decir, partes de un todo llamado utanmapu, y que de ellos

Hai tres que llaman sus caminos, que el uno es arrimado a la costa, otro confinante con la cordillera, y el otro el jirón de en medio de estas dos parcialidades<sup>71</sup>.

Claramente, la Cordillera de los Andes y los territorios al oriente de ella no formaban parte de las “grandes tierras”, pues allí merodeaban los pehuenches, grupo étnico distinto al mapuche, tanto en su modo de vida, como en su lenguaje y sus costumbres<sup>72</sup>. Al parlamento celebrado en Yumbel el año 1692

<sup>71</sup> Núñez de Pineda y Bascuñán, Francisco, *op. cit.*, p. 360.

<sup>72</sup> Para mayores detalles de esta etnia, véanse Sergio Villalobos, *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, Ediciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1987; Oswaldo Silva y Eduardo Téllez, “Los pewenche: identidad y configuración de un mosaico étnico colonial”, *Cuadernos de Historia* N° 13, Santiago, 1993, pp. 7-53.

asistieron, según el acta, representantes de las parcialidades con sus respectivos caciques “repartidos en cuatro Butanmapus” que

Según su modo los tres están en el hueco que hace la cordillera nevada y el mar y el otro pasada la cordillera nevada del lado del oriente<sup>73</sup>.

En el resumen de los acuerdos alcanzados se efectúa una somera descripción de los límites de dichas divisiones que estarían constituidas por

Quatro líneas de norte a sur, donde ellos residen, y por cada Butanmapu se siguen sus comunicaciones, de confidente en confidente, y tiene cada butanmapu por su línea más de cien leguas de longitud y ocho o diez leguas de latitud<sup>74</sup>.

Lo arbitrario de esta delimitación en franjas longitudinales de un mismo ancho es evidente, demostrando el desconocimiento de las características orográficas de la región que tenían las autoridades coloniales y los escasos esfuerzos realizados para solicitar mayores detalles a los capitanes de amigos.

Sin embargo, al tratar de integrar a los pehuenches como otra división territorial similar a la tradicional, estaban intentando llegar a arreglos con ellos a fin de evitar las depredaciones que afectaban al comercio de ganado y sal proveniente del otro lado de la cordillera, poner una barrera humana que detuviese las transgresiones de bandas indígenas asentadas en la zona patagónica, ya que básicamente los pehuenches se movilizaban en los valles interiores del macizo andino, descolgándose en sus correrías hacia ambas vertientes de él. A cambio les prestarían ayuda militar cuando lo requiriesen para enfrentar los ataques de los mapuches precordilleranos, llanistas y de los grupos orientales, que en realidad eran una mezcla no definible étnicamente, pero cuya alimentación se basaba en los mismos recursos naturales que desde siempre habían sustentado a la “gente de las araucarias”.

La existencia de un *piremapu* o *butalmapu* de la “tierra de la nieve” parece ser una ficción conveniente, tanto a los intereses hispanos como mapuches y pehuenches, con el objetivo de neutralizar a los *huilliches orientales*, nombre con el que identificaban a la ya mencionada mezcla de diversos orígenes étnicos, incluyendo españoles renegados, mestizos fuera de la ley, mulatos,

<sup>73</sup> “Expediente del parlamento de Yumbel, 16 de diciembre de 1692”, MM, vol. 315, leg. 159, f. 16.

<sup>74</sup> *Ibid.*

negros fugados, mapuches, tehuelches, pampas, etc., que merodeaban tratando de caer sobre las estancias de Cuyo y Buenos Aires, o traspasar la cordillera para asaltar las de Chillán y sus alrededores. A estos huilliches no los consideraban parte del butalmapu pehuenche, quienes tampoco se sentían integrados a las tres grandes tierras primigenias, actuando en forma independiente aun en los parlamentos a que asistían, donde, al principio, solo se les admitía el cuarto día dedicado a la distribución de obsequios y festejos de despedida. Su importancia en las relaciones fronterizas fue reconocida por las autoridades coloniales de mediados del siglo XVIII solo por razones estratégicas<sup>75</sup>. Carvallo y Goyeneche es tajante al aseverar que en la división territorial de los butalmapus “jamás fueron comprendidos en ella los serranos puelches, pehuenches, huilliches y tehuelches”<sup>76</sup>.

Solo en el parlamento de Lonquildo de 1784 a los pehuenches “se les dio día (para hablar) después de los tres butalmapus”<sup>77</sup>. Ello en un intento de integrarlos a la política colonial que buscaba aprovechar sus relaciones con los grupos aborígenes cordilleranos y transandinos para propagar las promesas de paz con que pretendían neutralizar a los huilliches y proteger las redes comerciales formadas al interior de la frontera. En los intentos por atraerse a los pehuenches, les hicieron varias concesiones, permitiéndoles incluso instalarse en las cabeceras de la Isla de La Laja al norte del Biobío, donde sucumbieron a la tentación de robar vacunos, yeguas y caballos en las estancias vecinas, razón por la cual no asistieron al parlamento de Tapihue de 1738, donde

se resolvió que se propusiese que habían de vivir con Capitán de Amigos o pasaría a expulsarlos del paraje en que oy se hallan<sup>78</sup>,

que por estar fuera del área de los butalmapus no podía pertenecerles en caso alguno, aun cuando realmente existiese el butalmapu pehuenche.

La necesidad de incrementar la cantidad de “indios amigos” llevó a favorecer a ciertos grupos para después utilizarlos con diferentes propósitos, entre los que se contaba el incorporarlos como auxiliares a las tropas hispanas y manejar sus odios ancestrales para convertirlos en escudos protectores contra

<sup>75</sup> Véase Villalobos, Sergio, *Vida fronteriza en la Araucanía*, op. cit.

<sup>76</sup> Carvallo y Goyeneche, Vicente, *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile* (1795), CHCh, Santiago, 1876, tomo X, p. 135.

<sup>77</sup> *Ibid.*

<sup>78</sup> “Acta del parlamento de Tapihue, 8 de diciembre de 1738”, MM, vol. 184, fjs. 218-247.

los embates mapuches. En tal sentido es sintomático que al parlamento de Santiago (1760) los pehuenches fuesen los últimos en presentarse, ya que “quisieron venir apartados y divididos de los demás”, temiendo que los de la precordillera y de los llanos se cobrasen sangrientas venganzas<sup>79</sup>.

En el parlamento de Negrete (1771) se reconoció como cacique gobernador del butalmapu pehuenche a don Juan Lebiant, pero fue el cacique de Lolco, Guener, quien junto a los otros caciques gobernadores rompió, en representación de todas las reducciones pehuenches, las lanzas en la ceremonia que simbolizaba la paz. El acta de esta reunión es ambigua por cuanto consigna que asistieron

los cuatro Butalmapu o parcialidades que avitan desde el famoso río de Biobío hasta las inmediaciones de Valdivia y de mar a cordillera *incluso los pehuenches*<sup>80</sup>.

La última frase se presta para muchas interrogantes: ¿por qué el cacique gobernador pehuenche, indígena cristianizado según se desprende del nombre, fue reemplazado por otro indígena en una ceremonia tan importante como la ruptura de lanzas?; ¿qué se quiso indicar con la expresión “incluso los pehuenches”? Probablemente se refiere a los que estaban asentados fuera de los límites de la zona dividida en grandes tierras.

En concreto, la configuración del butalmapu pehuenche es difuso como entidad que los aglutinara con los mismos fines señalados para las otras divisiones territoriales. Más parece ser una creación de las autoridades coloniales, que no escatimaron esfuerzos para atraérselos, a fin de lograr que resguardasen, en su nombre, los pasos cordilleranos, incluyendo los del norte del río Biobío. Solo así podrían explicarse los beneficios otorgados y las manifiestas preferencias con que eran tratados.

### *El supuesto butalmapu huilliche*

Paralelamente al intento de darle forma al butalmapu pehuenche, se trató también de incorporar a las vagas divisiones territoriales que hasta entonces

<sup>79</sup> “Acta del parlamento de Santiago, 1760”, Archivo Barros Arana, vol. 2, fjs. 1002-1035.

<sup>80</sup> En MM, vol. 332. Destacado nuestro.

parecían abarcar por el sur el río Toltén, Cruces o Calle-Calle<sup>81</sup>, a los mapuches que señoreaban las tierras meridionales a la plaza fuerte de Valdivia<sup>82</sup>. Las autoridades coloniales tenían intereses definidos para ello: esperaban llegar a acuerdos que les permitiesen volver a utilizar el camino que llevaba hasta Chiloé, y a lograr el consentimiento para repoblar Osorno. Los nativos, por su parte, intentaban buscar un poder neutral para resolver sus rencillas internas, creándose, de tal modo, un escenario propicio para entablar relaciones similares a las que se habían establecido con los mapuches al norte de la jurisdicción valdiviana. No parece extraño, entonces, que informantes de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, especialmente frailes que ejercían una labor misionera entre ellos, como Joaquín de Villarreal<sup>83</sup>, Francisco Xavier Ramírez<sup>84</sup> y Melchor Martínez<sup>85</sup>, entre otros, señalen la existencia de una quinta agrupación de “grandes tierras” que se extendía desde el río Calle-Calle a las inmediaciones del seno de Reloncaví y de mar a cordillera, abarcando cuarenta leguas de largo y cuarenta y cinco de ancho<sup>86</sup>. Para fray Alday en tan amplia superficie se hallaban varios linajes diferenciados por las adaptaciones a sus ambientes locales. Así, desde el río Bueno hasta el Maullín habitaban los *cuncos* o *juncos*<sup>87</sup>, cuyo territorio estaba conformado por

Pampa o llano pequeño, los demás son bosque espesos, con árboles tan gruesos y altos que ponen miedo. Las guaridas que tienen los indios en estos bosques son muchas y muy seguras y tal, que ellos mismos, conociendo esto mismo, cuando alguno se refugia en ellas ya dejan de buscarlos, aunque sea su

<sup>81</sup> El desacuerdo para establecer un límite preciso que se encuentra en los documentos y en las crónicas, reafirma que la organización de los butalmapus carecía de una estructura fijada en decretos o reglamentos.

<sup>82</sup> Eugenio Alcamán, en “Los mapuche-huilliche del futahuillimapu septentrional: expansión colonial, guerras internas y alianzas políticas (1750-1792)”, nos proporciona una adecuada síntesis de los habitantes de esta región.

<sup>83</sup> Villarreal, Joaquín, “Informe hecho al rey Fernando VII sobre contener y reducir a obediencia a los indios del reino de Chile”, AGI, Audiencia de Chile, leg., 316.

<sup>84</sup> Ramírez, Francisco Javier, *Cronicón sacro imperial de Chile* (1805), Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1994.

<sup>85</sup> Martínez, Melchor, “Creencias y costumbres de los araucanos de las provincias de Chile” (1805). En Fray Melchor Martínez, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814*. Reimpresa por Guillermo Feliú Cruz, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1964.

<sup>86</sup> Villarreal, *op. cit.*

<sup>87</sup> Alday, Francisco Javier de, “Carta de... al gobernador de Chile Luis Muñoz de Guzmán, Valdivia, 2 de marzo de 1805”, Archivo Nacional, Capitanía General, vol. 1009, f. 2.

mayor enemigo. Así mismo, tienen infinitos pantanos, caminos estrechos y malísimos, muchos arroyos, ríos, aguas y lluvias<sup>88</sup>.

Otra agrupación se extendía desde la desembocadura del río Rahue en el Bueno hasta la isla de Quilacahuín. Al norte y sur de éste se localizaban los llanos de Valdivia y Osorno, separados por el río Pilmaiquén, que ocupaban la región desde la cordillera de la costa hasta los lagos Ranco, Puyehue y Rupanco. Tales eran los *huilliches*. La tercera agrupación iba desde el río Bueno hasta el Pilmaiquén, cuyos habitantes eran denominados *osornenses* o *chauracaguines*. Las zonas lacustre y precordillerana eran ocupadas por los *huilliches serranos*<sup>89</sup>.

Para fray Ramírez, el butalmapu valdiviano estaba dividido en dos sectores: desde Valdivia hasta la latitud de Osorno, zona de los huilliches, y al sur de ellos un “vuta-huilli-mapu” que se prolongaba hasta Chiloé, del cual no da mayores informaciones por ser casi desconocido<sup>90</sup>, al que, sin embargo llama “Provincia de los Cuncos”, cuyos habitantes asolaban permanentemente a las tropas hispanas que intentaban dirigirse hacia Valdivia<sup>91</sup>.

Las variaciones regionales de la población étnicamente mapuche, reflejadas en los distintos nombres que les aplicaban, contribuyeron a las luchas entre ellas y a la formación de alianzas entre linajes cercanos, con la finalidad de defenderse o concertar ataques a sus rivales, del mismo modo que acontecía con los de la Araucanía. En tales circunstancias, coincidieron los intereses hispanos para ingresar a la región con los indígenas que buscaban una especie de “juez neutral” para resolver pacíficamente sus conflictivas relaciones, aprovechando, tal vez, el ejemplo de las conexiones forjadas entre los mapuches que habitaban en las cercanías de la plaza de Valdivia, con sus moradores y los misioneros.

La condición especial de que gozaban Valdivia y Chiloé al depender, económica y administrativamente del virreinato del Perú, las dejaron, hasta las últimas décadas del siglo XVIII, al margen de los cada vez menos violentos enfrentamientos hispano-indígenas y de sus nuevas formas de comunicación, con todo lo que aquello implicaba, al interior de la frontera. No obstante, los

<sup>88</sup> Sors, Antonio, “Historia del Reino de Chile, situado en la América Meridional”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo XLII, N° 46, Santiago, 1922, pp. 325-326.

<sup>89</sup> Alcamán, Eugenio, *op. cit.*, pp. 34-39.

<sup>90</sup> Ramírez, Francisco Xavier, *op. cit.*

<sup>91</sup> Martínez, Melchor, *op. cit.*



gobernadores, especialmente a partir de 1787, estimularon la celebración de parlamentos locales con la participación de los lonkos de cada una de las divisiones huilliches y los mandos superiores de la plaza fuerte, buscando mantener la paz con acuerdos que los beneficiaban mutuamente. La rebelión de las parcialidades de río Bueno alteró estas tratativas ante el peligro de enfrentar alianzas, conocidas como *wichanes*, conformadas por ligas de linajes en los variados distritos indígenas.

De haberse formado realmente un butalmapu huilliche, su estructura interna fue diferente a los del norte, teniendo en común solo la existencia de pequeñas uniones territoriales destinadas a resolver, vía armada, sus diferencias internas y a lograr la ayuda de los hispanos para dirimir estos pleitos, asegurándoles un trato inofensivo a cambio del otorgamiento de concesiones que, salvo la proyectada reconstrucción de Osorno, en nada alteraría la relativa independencia del poder colonial de que habían disfrutado durante casi dos siglos.

### *Conclusiones*

Los antecedentes de los butalmapus se remontan a los tiempos en que los linajes mapuches, deponiendo sus antagonismos, se unieron temporalmente en pos de un objetivo común: liberar sus territorios de los invasores foráneos que pretendían conquistarlos.

Dichas alianzas tuvieron diferentes orígenes y estructuras locales. Las primeras coincidieron con la expansión incaica, aglutinaron espontáneamente a los linajes más débiles en torno a un líder prestigiado por su valor y los triunfos obtenidos, además de poseer ciertas cualidades oratorias y generosidad a la hora de compartir el botín. Las informaciones muestran que éste pertenecía a un linaje numeroso, por lo que contaba con muchos parientes, quienes lo ungieron con poderes para comandarlos y acatar sus decisiones, tanto durante los combates como en los períodos de relativa paz que mediaban entre un encuentro y otro. De ahí que al toqui o jefe militar se le atribuyera, en la percepción europea, la condición de cacique, como ocurrió con Michimalonko y Caupolicán.

En los primeros años de la conquista surgieron también caudillos que destacaron individualmente en hechos que por su trascendencia dieron mayor valor a la victoria. Se trataba de hombres como Lautaro, ajeno a los grupos de parentesco que participaban en la lucha, y a cuyos jefes opacó con su audacia,

arroyo y magnanimidad, captando seguidores que esperaban compartir el halo mágico reflejado en su comportamiento. Teniendo el reconocimiento tácito de toquis y guerreros, emprendió campañas que sobrepasaban la capacidad convocatoria de las uniones de grupos de parentesco o ayllareguas, pues su historia personal era ajena a los resquemores, rencillas y animosidades existentes entre ellos.

Al establecerse la frontera del Biobío y desalojar los hispanos gran parte de ese territorio, continuaron funcionando pequeñas alianzas de esas regiones que mantenían conflictos entre ellos y sus vecinos, generándose una situación de inestabilidad que conspiraba en contra de la cooperación requerida para detener los embates hispanos, especialmente hacia los llamados fronterizos, cuyas moradas y sembradíos eran arrasados, dejando, además, una gran cantidad de cautivos que eran vendidos como esclavos. Así, a partir de la segunda década del siglo XVII, adoptaron una forma de organización para que los del sur auxiliasen con alimentos y guerreros a los del norte, siguiendo las rutas que se ajustaban a las condiciones del relieve, permitiendo una mayor rapidez en los desplazamientos. De ahí derivó la tripartición costa, llanos y precordillera, que fueron conocidas como *butalmapus* o *grandes tierras*. Ellas no tenían una organización política común ni implicaban la unión de los linajes que continuaban con sus odiosidades ancestrales. Sin embargo, los españoles las percibieron de distinto modo, y pensaron que efectivamente se trataba de una especie de Estado, al cual le atribuyeron la presencia de jefes con una autoridad y poder, que en la realidad no existía. Incluso imaginaron que estas divisiones tenían un mismo ancho y se extendían entre la frontera y el río Toltén.

Los mapuches mantuvieron siempre la distinción entre indios de guerra e indios amigos, y los peninsulares; para asegurarse la fidelidad de estos últimos, los colocaron al mando de un funcionario llamado capitán de amigos. Éste intervenía como juez para dirimir las disputas internas, lo que fue bien apreciado por los indígenas, aunque otros cometieron una serie de tropelías aprovechando precisamente las enemistades tradicionales de los linajes. Los *butalmapus* dan la impresión de haber sido una ficción que sirvió tanto a los intereses nativos como a los europeos, especialmente cuando éstos convocaron, a partir de 1641, a parlamentos con el fin de llegar a acuerdos relacionados con el tránsito de personas y bienes, y la autorización para el ingreso de evangelizadores. Los mapuches recibían a cambio regalos, agasajos y promesas de buen trato. Además, esperaban ser socorridos con armas y soldados en caso necesario, y utilizar el poderío de las autoridades coloniales para atenuar sus frecuentes disputas.

Los butalmapus eran encabezados por un cacique gobernador que representaba las opiniones mayoritarias de los linajes, no teniendo poder alguno para tomar decisiones propias; pero por su elocuencia parecen haber sido buenos intermediarios entre las autoridades coloniales y sus representados. En ningún caso constituyeron una instancia de gobierno, pues podían ser removidos por los caciques que actuaban de acuerdo con los requerimientos de su comunidad o por petición de los gobernadores del reino.

Durante el siglo XVIII las relaciones fronterizas se tornaron cada vez más pacíficas, trasladándose la violencia a las zonas marginales a la Araucanía, como fueron la cordillera y su sección oriental, y los territorios al sur del río Toltén. A fin de mitigar la belicosidad que imperaba en ellas, los españoles intentaron darles también una organización similar a la de los butalmapus, por lo que las informaciones referidas a los butalmapus pehuenche y huilliche son imprecisas y difusas, aunque se aprecia en ellas el esfuerzo hispano para atraerse a los pehuenches, a fin de proteger las rutas de intercambio con las regiones transandinas, a cambio de lo cual les prestarían auxilio militar e intervendrían para tratar de mediar en sus disputas. De los huilliches esperaban lograr el repoblamiento de Osorno y la apertura del camino entre Valdivia y Chiloé, ofreciéndose, del mismo modo, como jueces en las luchas que mantenían las cuatro divisiones regionales que ocupaban la superficie entre el río Calle-Calle y el Seno de Reloncaví.